
Josep Carner: clasicismo, vitalismo, intimismo (y algo más)

Creo posible, incluso probable, que hablar de «estructuralismos», «intertextualidades» y «desconstrucciones» —y no solamente hablar de estos conceptos, sino aplicarlos a la vasta obra de Carner— pueda ser empresa útil en casos concretos y para entender mejor algunos poemas específicos. Pero para abordar en conjunto la poesía de Carner —poesía que evoluciona, que atestigua el paso del tiempo y la acumulación de vivencias en una muy larga vida—, no es posible descartar, como suelen hacerlo muchas escuelas críticas, al autor de esta poesía. Anteriormente, la biografía dominaba en exceso la actitud crítica. Hoy pecamos exactamente de forma inversa: ignorando al autor o a la autora de la obra literaria. Es el poeta el que crea la poesía, aunque cada poema, a su vez, influye en el creador y prepara la obra futura.

Y el poeta Carner, que conocí en la ciudad de Méjico en los años cuarenta, compañero de exilio, y que me aconsejó en mis primeros trabajos literarios, no es fácil de reducir a esquemas o fórmulas críticas. Era, ante todo, una inmediata presencia humana llena de alegría, de esperanza, de optimismo. Nos hablaba de una continuidad histórica y cultural, nos incitaba a creer en nosotros mismos y en el futuro. Era, indiscutiblemente, un inspirador, un líder poético e intelectual, carismático, sin excesos emocionales o irracionales. Era, sencillamente, un escritor dotado de gran simpatía personal, magnetismo, inteligencia y sensibilidad. No podíamos pedir más. Que fuera, también, uno de los mejores poetas que Cataluña —y España— ha producido en nuestro siglo se nos ofrecía como un regalo suplementario, casi inesperado. La conversación con Carner abría puertas y ventanas en todas direcciones. Era una celebración, una fiesta. Casi olvidábamos su condición de «poeta laureado», de «monumento literario nacional», y era él quien nos pedía que así lo hiciéramos. No, creo, por modestia, sino porque lo que más le interesaba era el contacto humano, no el aplauso.

Nos reuníamos en un modesto café de la ciudad de Méjico. Nuestras conversaciones —por mi parte creo que no debería llamarlas así: yo escuchaba el 95 por ciento del tiempo— tenían lugar en momentos históricos graves. No, desde luego, en la ciudad de Méjico. Sí en lugares remotos, pero de los que nos llegaban noticias. Sí en Stalingrado. Sí en Auschwitz. No eran momentos engendradores de optimismo, sino de tensión trágica y épica. De todo ello era consciente Carner. Su viejo e invencible optimismo se teñía de ironía trágica, de momentánea tristeza, de agudo abatimiento.

«Todas las generalizaciones son falsas, incluyendo esta generalización». La frase de Mark Twain es aplicable a nuestra generalización —me refiero por lo menos a la más extendida, a la que dominó mi adolescencia— del siglo XX como época de angustia existencial, de crisis prolongada, de desconcierto y caos. La época de Kafka, de

Beckett, la «tierra baldía» de que nos habla T. S. Eliot, la tierra de torturas y campos de concentración. Pero no olvidemos que en este siglo han vivido, escrito, hablado, amado, gozado, creado, personalidades tan vitalmente positivas como Picasso, Stravinsky, Jorge Guillén, Josep Carner.

La alegría, el optimismo, la sensualidad que dominan casi toda la obra de Carner proceden de una doble fuente. Por una parte, una personalidad sana, positiva, vibrante. Por otra, el ambiente de la geografía y la historia que lo formó. La Barcelona de fines de siglo pasado y principios del presente. Años de esplendor artístico y literario, años en que la conciencia de una cultura con un pasado grande y noble se abría paso por todas partes. Gaudí, el modernismo catalán, Verdaguer, Maragall.

Creo que un paralelo, Josep Carner —Jorge Guillén puede resultar iluminador. El temperamento abierto y positivo, en ambos casos, se profundiza al abrirse a un doble amor, los clásicos hispánicos —castellanos, catalanes— y los grandes modernos, franceses e ingleses, especialmente, pero sin excluir otras grandes culturas. El gran poeta catalán y el gran poeta castellano se dan la mano en su actitud de avance victorioso y, al mismo tiempo, de agradecimiento por la belleza y la diversidad del mundo. Es cierto que las fechas de nacimiento de los dos poetas colocan a Carner, nacido en 1884, en un grupo generacional anterior al de Guillén. También lo es que el optimismo de la pujante Barcelona de fines del siglo pasado antecede al optimismo de la generación del 27. En ambos casos, hay una explosión de alegría, un sentido sensual y deportivo de la experiencia, pero —económica, culturalmente— Barcelona ha llegado hacia 1910 a ciertas cimas que el resto de España tardará todavía algunos años en alcanzar. El paralelo entre Carner y Guillén puede ser continuado en cuanto a la evolución de la poesía de ambos: lo mismo que la experiencia histórica y personal de *Clamor y Maremagnum* no es, no puede ser, la misma que inspiró la primera edición de *Cántico* de Guillén, tampoco el último Carner, el de *Nabi* y *El pas del any*, por ejemplo, se parece demasiado al Carner de *Els fruits saborosos* (1906) (Los frutos sabrosos) o de *Verger de galanies* (1911) (Vergel de galanterías). Otro paralelo: los dos pasan una buena parte de su vida fuera de su patria (Carner más largos años todavía que Guillén; no olvidemos que ingresó en el cuerpo diplomático en 1921, y desempeñó cargos en Italia y en varios países hispanoamericanos; después de la guerra civil española pasó a Méjico y, más tarde, a Bruselas, regresando a Cataluña poco antes de morir). Pero estas ausencias no son obstáculo para que sea Guillén el más esencial y auténtico poeta de Castilla, y Carner el que más clara y hondamente expresa la voz poética de la Cataluña moderna.

Claro está que no hay que llevar el paralelo demasiado lejos. Cada gran poeta posee una voz única e inconfundible. Carner es habilísimo en la adaptación y continuación de las formas tradicionales: sus canciones y villancicos parecen surgir del pasado, de la anónima voz del pueblo catalán. En su poesía cabe todo, inclusive lo cotidiano, lo humilde, lo sórdido, pero siempre elevado a un plano salvador gracias a una poetización de lo visible que lo redime y lo lleva hacia la belleza y la alegría: la poesía de Carner es, ante todo, «la salvación de las apariencias», y es, a la vez, más concreta y más popular que la de Guillén: en este sentido cabría quizá compararla con la de Lorca o con algunos aspectos de la de Alberti, si bien Carner no se sintió casi nunca

tan comprometido con la vanguardia como los poetas españoles del 27. Otra característica distintiva, única, de la poesía de Carner es que con frecuencia nos revela la sensibilidad y las actitudes de la sociedad catalana de la clase media, esa clase media tan criticada por tantos y en tantas ocasiones y que, sin embargo, es, a la vez, el corazón, el cerebro, los músculos y —por qué no decirlo— el alma de la Cataluña moderna. Carner no ignora que es posible contemplar a esa clase con ironía —a imagen y semejanza de lo que escribió, por ejemplo, Santiago Rusiñol en su inmortal *Auca del Senyor Esteve*— pero la ironía de Carner nunca carece de una dosis de simpatía, comprensión, respeto, incluso amor.

Quizá igualmente característico de la poesía de Carner es que la serenidad, la alegría, la sensualidad del comienzo nunca desaparecen del todo, si bien quedan modificadas —purificadas, exaltadas— por una conciencia cada vez más profunda de que la alegría coexiste con el sufrimiento y con la muerte. No olvidemos que Carner conoció muy joven el amor, el placer, el éxito literario (a los doce años publicaba sus primeros versos; a los quince colaboraba en la revista *Reinaxença*; más tarde fue redactor del periódico *La veu de Catalunya* y uno de los periodistas más leídos y aplaudidos de toda Cataluña, uno de los pocos periodistas que podía vivir de su pluma; en 1910 era proclamado «Mestre en Gai Saber», es decir, «poeta con título oficialmente reconocido», y al año siguiente ingresaba en la prestigiosa Sección Filológica del Institut d'Estudis Catalans). Pero el tiempo no pasa en vano, las vicisitudes de una historia cruel lo llevaron a un largo destierro, siempre más doloroso cuanto más encumbrada era la posición ocupada antes del destierro, y la de Carner lo era en grado sumo: fue quizá lo más cercano que hemos tenido en Cataluña a lo que podríamos llamar un «poeta nacional» en nuestro siglo. Por ello, no es de extrañar que el exilio haya inspirado en él hondos poemas en que se une el dolor personal con la dignidad y el orgullo del patriota. Así, por ejemplo, «Escomesa» («Acometida»), poema que es parte de *El tomb del any* (La rueda del año, publicado en 1966), y quisiera observar de antemano que la palabra *Lloc*, es decir, Lugar, con una mayúscula inusitada, se refiere, evidentemente, a Cataluña:

*A fora el vent xiulava.
Jo no sé pas on me trovaba
i em va parlar no sé pas qui.*

*A fora el vent batia.
Jo, rondinant-li, responia,
mal desvetllat del meu dormir.*

*Per que érem prop? No ens destriavem;
la nit, tan negra, ho impedí.*

*Després, d'instint, jo que li feia:
—Deieu quelcom? Torneu-m'ho a dir:*

*Sonà una veu que miolava
com disfressant el seu verí:*

*—Lluny dels indrets que tant volguéreu,
què ronseguen, de vell, ací?*

*Per què minvat en terra estranya
us resigneu a trista fi?*

*Em vaig alçar com d'una empenta
i vers la veu feia camí:*

*—Veu que em bescanti, em fa reviure,
veu que em fereixi, em fa més lliure;*

*i ara i abans, ací i allí,
mai no minvat per cap destí,
un Lloc tot sol batega en mi.*

*(Fuera silbaba el viento.
¿Dónde me encontraba? No lo sé.
No sé tampoco quién me habló.*

*Fuera golpeaba el viento.
Y yo, gruñendo, contestaba,
mal despierto de mi sueño.*

*¿Por qué tan cerca? No nos distinguíamos;
la noche oscura lo impedía.*

*Después le hablé, maquinalmente:
¿Decíais algo? Repetirlo.*

*Sonó una voz que maullaba
como disfrazando su veneno:*

*—Lejos de los parajes que amó tanto,
¿qué haraganea aquí, ya viejo?*

*¿Por qué menguado en tierra extraña
se resigna a un triste fin?*

*Me puse en pie como de golpe
y hacia la voz me encaminé:*

—*Voz que me impreque, me reanima;
si me hiere, me hace más libre;*

*y antes y ahora, aquí y allá,
jamás menguado por ningún destino,
sólo un Lugar palpita en mi.*

Poema extraño y misterioso, onírico, como de voces desencarnadas y kafkianas, pero que responde a la voluntad de durar, de resistir sin pactar con las fuerzas oscuras y los enemigos disfrazados. No es típico de Carner únicamente en el sentido en que la *Guirnalda civil* de Jorge Guillén no es del todo lo que esperábamos del autor de *Cántico* (aunque sea ejemplar, excelente, admirable). Pensemos en lo que significó el larguísimo destierro para Carner. Al final, ya anciano, deambulaba como sin objetivo por las calles de Bruselas. Su memoria se quebrantaba con los años, a veces se perdía por las calles de la capital belga y tardaba largas horas hasta conseguir regresar al hogar, donde lo esperaba su esposa, Emilie Noulet (que también fue maestra mía en Méjico, gran crítica literaria, de la que mucho aprendí, pero a quien nunca perdoné un «notable» en un examen en que yo merecía, sin duda alguna, un «sobresaliente»).

Cansado de esperar un cambio político, deseoso de pisar el suelo natal antes de morir, Carner regresó a su patria y su recibimiento fue una apoteosis. El poeta —todos lo sabían—, nunca dudó del futuro de Cataluña, de su lengua, de su visión del mundo, de su sabiduría a la vez práctica y teórica, el famoso «seny» catalán, que es, en el fondo, una palabra intraducible al castellano —quizá mejor traducirla al griego— y, sobre todo, era un ejemplo vital, inmejorable, para todos los jóvenes catalanes.

Otro gran poeta catalán, que también conocí en el destierro, Carles Riba, tuvo amargas dudas, hacia el final de su vida, con respecto al futuro de la cultura catalana. Estas dudas han quedado disipadas con el renacer, que todos hemos visto, de esta conciencia cultural, que es también una presencia política y un proyecto concreto para un futuro a corto y largo plazo. Cataluña vive y vivirá, es una presencia a la vez indestructible y necesaria (para España, para Europa, para todo el mundo). Y Cataluña, igual que Italia, es una creación —claro está— colectiva, ya que es un pueblo; pero en esta creación son los poetas los que han desempeñado un papel importantísimo. (Preguntémonos: ¿qué sería Italia sin Dante?).

No podemos dudarle: en Italia los poetas han sido siempre mejores, más inteligentes, más creativos, más influyentes a largo plazo, que los políticos. Y en Cataluña ha sucedido lo mismo. Carner, Carles Riba, Salvador Espriu, J. V. Foix, Joan Salvat-Papasseit, Gabriel Ferrater, Joan Brossa, Agustí Bartra (mi gran, inolvidable, entrañable, llorado amigo), Pere Gimferrer, han resultado más influyentes y efectivos que los políticos (Prat de la Riba, quizá el mejor; Macià, Companys, etc., hasta el último, hoy en entredicho, Jordi Pujol). Creo, también, que una cultura en que los políticos no son tan buenos como los poetas es una cultura en peligro, pero al mismo tiempo es una cultura que merece ser salvada, más urgentemente, y con